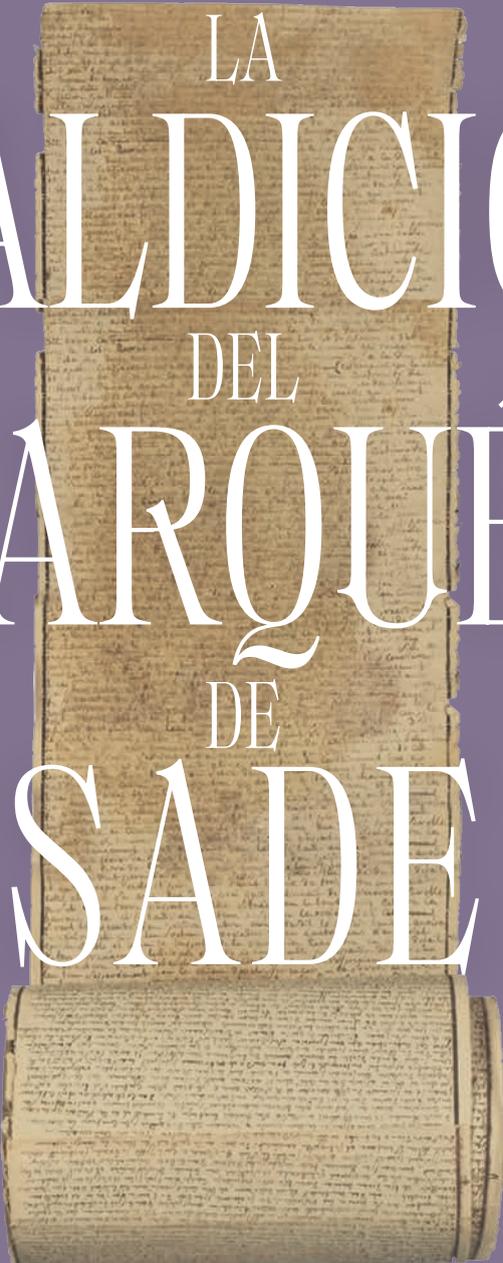


JOEL WARNER



LA
MALDICIÓN
DEL
MARQUÉS
DE
SADE

Un manuscrito mítico, un canalla infame,
y el mayor escándalo de la historia de la literatura

CRÍTICA

JOEL WARNER



La maldición del marqués de Sade

Un manuscrito mítico, un canalla infame
y el mayor escándalo de la historia
de la literatura

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2023

*La maldición del marqués de Sade. Un manuscrito mítico,
un canalla infame y el mayor escándalo de la historia de la literatura*
Joel Warner

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en
crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través
de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Curse of the Marquis de Sade. A Notorious Scoundrel,
a Mythical Manuscript, and the Biggest Scandal in Literary History.*

© Joel Warner, 2023

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Crown, un sello de Random House,
una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Efrén del Valle, 2023

© del mapa, David Lindroth Inc., 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-587-6

Depósito legal: B. 17.210-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.





Reliquia de libertad

14 de julio de 1789

El cielo estival de París estaba cubierto de nubes y una columna de humo se elevaba al este del centro urbano. El olor a pólvora flotaba en el aire húmedo de la tarde mientras el restallido de los mosquetes y los gritos de batalla resonaban en las calles adoquinadas.¹

Habían pasado cuatro años desde que Sade escribió *Las 120 jornadas de Sodoma*. Tras los muros de la Bastilla, la vida continuaba en una de las ciudades más grandes de Europa, una bulliciosa metrópolis con 810 calles y 23.000 casas habitadas por más de medio millón de personas.² En muchos aspectos, el París de finales de la década de 1780 había avanzado mucho para cumplir la afirmación de Luis XVI un siglo antes: que la capital francesa debía competir con las glorias de la antigua Roma. Los viejos muros que rodeaban la ciudad habían caído, reemplazados por arcos de triunfo y elegantes bulevares. En los puentes del Sena se habían derribado las casas medievales que congestionaban las vías públicas y los dejaban al borde del derrumbamiento. Nuevas plazas públicas colosales como la Place Vendôme y la Place de la Concorde aportaron nuevos espacios cívicos a la capital, y un extenso tramo de campos abiertos y huertos situado en la zona oeste de la ciudad se había convertido en un gran bulevar conocido como los Campos Elíseos. En barrios ricos de las afueras como Saint-Honoré y Saint-Germain se habían edificado mansiones palaciegas para albergar a un creciente número de burgueses, poseedores de fortunas recientes y nuevos títulos nobiliarios concedidos o vendidos por la corona.

Pero, en el atestado centro urbano, las condiciones de vida seguían siendo intolerables. El laberinto de callejones oscuros estaba infestado de suciedad y delincuencia, y en él apenas entraba la luz de las *réverbères*, o lámparas metálicas de aceite instaladas por toda la capital. A ambos lados de las calles llenas de barro, en andrajosas casas de madera, caliza y yeso con cuatro, cinco y seis plantas de altura, las familias de los sirvientes, peones y artesanos de París se hacinaban en pisos de tres habitaciones, muchos de los cuales carecían de cocina, por no hablar de retrete o bañera.

Quienes se habían trasladado recientemente a las ciudades vieron que el precio del pan, el principal ingrediente de su exigua dieta, consumía una parte aún mayor de sus menguantes ingresos a medida que años de guerras costosas, malas cosechas y el tímido liderazgo del monarca Luis XVI provocaban crisis económicas. Las medidas desesperadas de la corona, como un nuevo muro alrededor de París para imponer aranceles a los productos que entraban en la ciudad y un acuerdo comercial que permitió que las mercancías británicas inundaran el mercado, enterraron a la nación en deudas. Muchos perdieron su empleo, y casi doscientos mil parisinos dependían de la ayuda religiosa o los subsidios del gobierno. Mientras los campos que rodeaban la ciudad se deterioraban a causa de la sequía, los soldados patrullaban los mercados para impedir revueltas por el pan. Y, al tiempo que nuevos movimientos filosóficos abogaban por el igualitarismo y una clase media incipiente pugnaba por obtener poder político, el pueblo veía cómo la nobleza seguía disfrutando de su opulencia.³

La provocación definitiva había llegado aquel verano. Un intento del rey por aumentar los ingresos y acallar la disidencia convocando una reunión de los Estados Generales, una asamblea de representantes de las diversas clases sociales del país, había fracasado estrepitosamente en medio de luchas políticas por quién debía tener más voz en los asuntos de la nación. El pueblo llano, que luchaba por conseguir comida y temía una conspiración aristocrática que socavara a las clases medias y bajas, se había echado a las

calles. Fábricas y monasterios ricos fueron saqueados, y la mayoría de las nuevas aduanas situadas en las entradas de la ciudad ardieron hasta los cimientos. Alrededor de París, varios regimientos militares tomaron posiciones de batalla.⁴

Cuando corrió el rumor de que se tomarían medidas drásticas, los parisinos se prepararon para combatir. Teatros y cafeterías tapiaron sus puertas y se hizo un llamamiento para levantar barricadas, recabar provisiones y, lo más importante de todo, conseguir armas. A primera hora de aquella mañana lluviosa, una muchedumbre irrumpió en los cuarteles del hospital militar de los Invalides y salió con miles de rifles y varios cañones, pero muy poca munición. Más tarde descubrieron que se almacenaban cientos de barriles de pólvora en otro lugar: la Bastilla.⁵

Las ocho torres medievales del mastodonte de piedra gris dominaban el perfil de la ciudad y ocupaban un lugar preponderante en la imaginación ciudadana. Allí era donde se habían podrido numerosos presos del Estado, entre ellos el legendario Hombre de la Máscara de Hierro, un misterioso delincuente obligado a ocultar su rostro que finalmente moriría en su celda antes de que alguien pudiera descubrir su identidad.⁶ Las historias sobre prisioneros que escapaban de la ciudadela alimentaron toda una industria editorial, que generó libros apasionantes sobre celdas mugrientas, raciones peligrosamente inadecuadas y mazmorras subterráneas repletas de cadáveres.⁷ Y ahora, según las noticias, en sus profundidades acechaba el marqués de Sade, un criminal tristemente célebre.

Mientras Versalles, con sus fuentes centelleantes y sus pasillos forrados de espejos, simbolizaba la opulencia de la monarquía, la Bastilla representaba el gobierno de hierro que lo sostenía todo. Por ese motivo, cuando, a primera hora de aquella tarde, cientos de ebanistas, cerrajeros, zapateros, peluqueros, sastres, comerciantes de vino y fabricantes de pelucas cogieron picos, cuchillos y mosquetes y gritaron «¡A la Bastilla!», no solo pretendían requisar pólvora. Estaban organizando un ataque directo a la tiranía de su rey.⁸

En la Bastilla, el alcaide aguardaba nervioso, como había hecho durante días. Era la persona idónea para el cargo, ya que había nacido en la fortaleza cuando la dirigía su padre. Pero, siendo como era un funcionario del Estado de los pies a la cabeza, apenas sabía cómo hacer frente a un ataque de esas características. Tampoco ayudaba que, del centenar de guardias y soldados que tenía a sus órdenes, muchos fueran ancianos o veteranos enfermizos. Las últimas noches había empezado a observar desde las murallas, y confundía los árboles con agentes que tramaban la destrucción de la ciudadela.⁹

Ahora, los peores temores del alcaide se estaban haciendo realidad. Por la mañana, cuando paró de llover, los soldados que montaban guardia en las torres de la Bastilla vieron a una multitud desfilando por delante de los talleres y las fábricas del barrio con gorras decoradas con hojas de castaño como símbolo de su causa. Al llegar a los límites de la ciudadela, un ágil fabricante de carruajes trepó por un muro y cortó las cadenas del puente levadizo exterior de la fortaleza. Cuando la puerta cayó con gran estruendo, los revolucionarios entraron en tromba y en el patio se enfrentaron a más obstáculos: un foso seco de ocho metros de profundidad y otro puente levadizo que impedía la entrada a la Bastilla.¹⁰

Entonces dio comienzo la batalla. Los revolucionarios intercambiaron fuego de mosquete con los soldados apostados en las almenas, parapetándose detrás de los muros y en la cocina de la cárcel. Para mayor protección, los asaltantes arrastraron varios carromatos cargados de paja desde una cervecería cercana y les prendieron fuego para que el humo ocultara sus movimientos. Pronto, los revolucionarios se vieron reforzados por un contingente de soldados monárquicos que habían desertado, además de varios cañones. La artillería abrió fuego contra el castillo, pero las bolas de cuatro kilos rebotaban contra los muros de piedra, que tenían casi cinco metros de grosor. Cambiando de estrategia, los revolucionarios orientaron sus cañones hacia el puente de madera. Dentro, las tropas colocaron sus armas en posición. Ahora, ambos contingentes tenían artillería pesada apuntan-

do al enemigo, y solo los separaban los tablones del puente levadizo.

Antes de que alguien empezara a disparar, un tamborilero tocó desde la torre la llamada al alto el fuego. A través de un agujero en el puente llegó una nota del alcaide de la prisión, en la que pedía a los revolucionarios que les permitieran escapar a él y a sus hombres. Si los atacantes se negaban, utilizaría los nueve mil kilos de pólvora de los que disponía para hacer saltar por los aires la fortaleza y todo lo que la rodeaba.

Los revolucionarios se negaron y siguieron gritando «No capitularemos» y «Bajad el puente». ¹¹ Justo cuando la multitud se preparaba para disparar, los soldados se rindieron y el puente descendió con un traqueteo de cadenas. Los revolucionarios irrumpieron en el bastión y procedieron a desarmar a las tropas. Entonces descubrieron que en los combates solo había perecido un defensor del castillo, mientras que fuera yacían muertos noventa y ocho atacantes.

El alcaide y sus hombres fueron sacados de la fortaleza y conducidos al ayuntamiento, donde el gobierno provisional decidiría su destino. La furia de los revolucionarios y el ruidoso populacho que llenaba las calles difícilmente podía contenerse, y varios cautivos fueron asesinados durante el trayecto. Ya en la entrada del ayuntamiento, la multitud perdió el control. Atacaron al alcaide y a uno de sus subalternos, a los que clavaron espadas y bayonetas, y luego descargaron sus pistolas sobre los cuerpos. La muchedumbre estalló cuando dos estacas ensangrentadas se elevaron hacia el cielo nocturno, coronadas por las cabezas cercenadas de las víctimas.

Aquella noche, en Versalles, situado a larga distancia de la ciudad, un asesor anunció a Luis XVI que la Bastilla había caído.

—¿Es una revuelta? —preguntó el rey.

—No, señor —respondió el asesor—. Es una revolución. ¹²

En la prisión, los revolucionarios se adueñaron de las reservas de pólvora y saquearon los archivos. Cuando abrieron las celdas, solo encontraron a siete prisioneros, ninguno

30 de los cuales parecía especialmente maltratado. Había cuatro falsificadores, un hombre que presuntamente había participado en un complot para matar al rey décadas antes, un anodino aristócrata encerrado por incesto y un irlandés loco que a veces se creía Julio César y otras veces Dios. Sade no estaba entre ellos.¹³

Aunque localizar al marqués no era una prioridad, su ausencia era desconcertante. Tras subir la escalera de caracol que conducía a la torreta de la prisión, sarcásticamente bautizada como Torre de la Libertad, los revolucionarios hicieron un alto en el sexto piso, donde llegaron a la doble puerta de la celda en la que el marqués de Sade había pasado mucho tiempo.

Allí encontraron una pequeña habitación con una mareante profusión de lujos. Sobre todo, la estancia estaba abarrotada de papel: cartas, notas, ensayos y numerosos manuscritos en varias fases de creación. Pero su ocupante no se encontraba allí, aunque la celda había estado habitada hacía tan poco que ni siquiera se apreciaba polvo en los muebles. No había indicios de salida o fuga planificada, ya que la celda se encontraba en desorden y no se habían llevado nada. Incluso la ropa estaba intacta. Era como si Sade se hubiera esfumado.

En los días posteriores a los enfrentamientos de la Bastilla descubrieron en la celda de Sade un objeto metido entre las piedras de la pared: un pequeño pergamino bien enrollado y cubierto de una caligrafía minúscula. En la parte superior aparecía el título: *Las 120 jornadas de Sodoma o la escuela de libertinaje*. Sin duda, el manuscrito figuraba entre las posesiones más preciadas del prisionero, pues lo había ocultado a conciencia. Nadie había reparado en él durante el saqueo posterior al asedio, cuando numerosos documentos fueron arrojados al patio de la cárcel y consumidos por las llamas. Tampoco fue descubierto durante una recogida de documentos más sistemática que había llevado a cabo el gobierno parisino tras el ataque.¹⁴

El manuscrito acabó en manos de un hombre llamado Arnoux.¹⁵ Quizá fuera uno de los muchos curiosos que entraron en la cárcel después de su caída. Como miembro de uno de los grupos que visitaron la fortaleza acompañados de unos guías profesionales con tendencia a embellecer sus explicaciones —las viejas armaduras se convertían en doncellas de hierro y las imprentas en máquinas de tortura—, es posible que Arnoux viera el pergamino escondido en la habitación de Sade. O puede que lo descubriera al pasar una noche en la torre, ya que los visitantes podían pagar por dormir en una celda entre ratas y cadenas.¹⁶

Lo más probable es que Arnoux fuera uno de los trabajadores contratados para demoler la Bastilla. Las obras empezaron horas después de la caída de la prisión y contaron con un ejército de albañiles, canteros, aserradores, carpinteros, administrativos y supervisores que abarrotaban el lugar. En las murallas, los equipos de trabajadores, armados con martillos, lanzaban piedras a las montañas de escombros que se acumulaban más abajo mientras otros hacían rodar bloques hasta zonas de obras de toda la ciudad para que fueran reutilizados en la construcción de nuevos puentes y casetas de centinela. Los muros de siete alturas menguaron rápidamente, y a final de mes ya se podían ver las vigas del techo abovedado. Entre tanto, los empresarios se prepararon para conmemorar la victoria comercializando la fortaleza. Pronto, los talleres de París estaban convirtiendo sus restos en «reliquias de libertad»: grilletes transformados en tinteros, abanicos tejidos con documentos de la prisión y piedras de construcción reconvertidas en maquetas de la Bastilla con puentes levadizos funcionales y artillería minúscula.

Si Arnoux formaba parte del equipo de demolición de la Bastilla, probablemente descubrió el rollo mientras desmantelaba la celda de Sade. El hallazgo era perfecto para su inclusión en las «reliquias de libertad». La historia de unos nobles que utilizaron un castillo inexpugnable para perpetrar horrores encajaba a la perfección en el mito de la Bastilla y la idea de que la aristocracia que la controlaba se había vuelto demasiado corrupta. Pero, cuando apareció el docu-

mento en la habitación de Sade, nadie anunció el descubrimiento. Con independencia de cómo se apropiara de él, a Arnoux debió de resultarle fácil echárselo al bolsillo aprovechando el caos de la demolición.

Arnoux era oriundo de Saint-Maximin-la-Sainte-Baume, una pequeña comunidad situada a los pies de una cadena montañosa que se elevaba como un baluarte de piedra gris desde las colinas de la Provenza central. El municipio era conocido por ser el lugar donde descubrieron la supuesta tumba de María Magdalena en el siglo XIII. Es posible que Arnoux abandonara Saint-Maximin justo antes de que estallara la Revolución francesa y que huyera de las cosechas devastadoras y la agitación política que habían desencadenado revueltas por la comida, represalias militares e incluso el supuesto ahorcamiento de uno de sus habitantes rebeldes aquel mismo año.¹⁷

Fuera cual fuera el motivo de su traslado a París o su ocupación laboral una vez allí, Arnoux pasó desapercibido. No figuraba entre los 954 ciudadanos que recibieron el prestigioso título de *vainqueurs de la Bastille* por irrumpir en la prisión y conquistarla.¹⁸ Su nombre no aparecía en los documentos estatales ni en los expedientes judiciales, y tampoco en los registros municipales de Saint-Maximin.¹⁹ Pero no cabe duda de que era emprendedor y astuto. Sabía que, a pesar del tumulto revolucionario, los motores del comercio seguirían en marcha. El documento que había descubierto alcanzaría un precio considerable si encontraba a alguien que apreciara su valía.

Meses o años después, Arnoux volvió a casa con el rollo entre sus posesiones, y en el pueblo vecino de Brignoles encontró a un interesado: Charles-André de Beaumont. Nacido en 1762, Beaumont era descendiente de una próspera familia provenzal que había obtenido un título nobiliario el siglo anterior. Durante los primeros años de la Revolución francesa, fue alcalde de la cercana Cabasse, pero huyó del país cuando la radicalización de la nueva república francesa puso su vida en peligro. Una vez que hubo amainado la agitación regresó, y en 1796 se instaló en su pueblo

natal, donde utilizó su riqueza para adquirir una abadía cisterciense desacralizada. Además, realizó otra compra: el manuscrito de *Las 120 jornadas de Sodoma*, que le ofreció Arnoux o uno de sus descendientes. Debió de considerar que el rollo era la incorporación perfecta a su colección de libros raros.²⁰

Alojado en la biblioteca de Beaumont, el pergamino era un desconocido para el resto del mundo. Pensara lo que pensara del manuscrito, se lo guardó para él. A medida que los años se convertían en décadas, el mundo convulsionaba a causa de las revueltas. La revolución propició el ascenso de Napoleón, seguido de décadas de caos y guerra en los que Francia oscilaba entre el imperio, la monarquía y la república. Aunque gran parte de la Provenza, con su paisaje accidentado y sus comunidades aisladas, se hallaba congelada en el tiempo, en otras regiones de Francia las vías ferroviarias y las líneas de telégrafo surcaban la tierra, y grandes barcos con casco de hierro zarpaban de sus puertos rumbo a los centros coloniales de África, Indochina y el Pacífico Sur. En París, los atestados barrios medievales dieron paso a grandes bulevares con modernos edificios de caliza blanca coronados por buhardillas empinadas.²¹

Mientras tanto, *Las 120 jornadas de Sodoma* siguió en posesión de Beaumont hasta que su colección literaria pasó a manos de su yerno, Raimond de Villeneuve. El rollo viajó hacia el este, atravesando viñas y polvorientas aldeas de montaña hasta llegar al Château de Valbourgès, la vieja finca provenzal de la familia Villeneuve. Es probable que el manuscrito reposara en la biblioteca del castillo, entre los archivos familiares y los recuerdos que Raimond iba acumulando meticulosamente para reconstruir los vestigios de un linaje noble que se había visto azotado por la revolución. Sus esfuerzos constituyeron el último aliento de una estirpe moribunda. La aristocracia francesa, desprovista de sus tierras, privilegios y estilo de vida, estaba cayendo en la obsolescencia.²²

Así pues, *Las 120 jornadas de Sodoma* podría haber seguido cogiendo polvo en la villa provenzal de no ser por su

34 siguiente propietario: Hélión de Villeneuve, el hijo de Raimond. Nacido en la cercana Draguignan en 1827, Hélión heredó el título de marqués de Villeneuve-Trans, uno de los apellidos más antiguos y distinguidos de toda Francia.²³ El linaje estaba vinculado matrimonialmente a muchas otras casas nobles, entre ellas la de Sade. Louis Henri de Villeneuve, el último marqués de Trans antes de la revolución, culpaba a la familia Sade de la disputa que lo había privado de una herencia que le dejó la tía del marqués de Sade.²⁴

Desde una edad muy temprana, Hélión demostró una vertiente progresista y apoyó la revolución de 1848, que sustituyó la monarquía constitucional del país por una república democrática, y más tarde la Comuna de París, de signo socialista radical, que se hizo brevemente con el control de la capital en 1871. Y, como su padre y su abuelo, se entregó a la creación de una biblioteca excepcional. En otras palabras, el marqués de Villeneuve-Trans era bibliófilo.²⁵

El término «bibliófilo», utilizado por primera vez en la Francia de principios del siglo XIX, hacía referencia a alguien que amaba los libros, en especial a los coleccionistas. Pero los bibliófilos no solo adoraban los libros, sino que los percibían de manera distinta a los demás. La mayoría de la gente los veía como meros conductos de información, cosas que leer, consultar u ojear y luego olvidar o desechar. Pero los bibliófilos veían los libros como tesoros por derecho propio.

En realidad, muchas de las obras que buscaban eran objetos de una belleza sobrecogedora. Puesto que los libros eran cada vez más baratos y fáciles de producir desde que Johannes Gutenberg inventara la imprenta con tipos móviles en 1440, los mejores ejemplos adoptaban más ornamentaciones al convertirse en símbolos de estatus y riqueza. Las cubiertas de piel de ternero y cabra se prensaban, engomaban, pulían y teñían para minimizar o acentuar su grano natural, y luego se adornaban con motivos hechos a mano, bordes de pan de oro, retratos engastados y, en algún caso

infrecuente, piedras preciosas. Los lomos presentaban elaboradas filigranas y fajines de tela multicolor. Las páginas estaban flanqueadas por guardas veteadas y forros de muaré, sus bordes embellecidos con pigmentos vibrantes, patrones en bajorrelieve e incluso pinturas ocultas que se revelaban cuando uno desplegaba las hojas.²⁶

Para la mayoría de los coleccionistas, el contenido de un libro también era muy importante. Además de su estado, su atractivo dependía de la reputación del escritor, así como del reconocimiento y la escasez del título. Los toques personalizados, como revisiones, anotaciones o inscripciones del autor, disparaban el valor de un libro. En general, las primeras ediciones eran las más valiosas, pero lo más valorado eran los manuscritos originales escritos del puño y letra del creador de la obra. Para los bibliófilos, esos documentos únicos eran puros vestigios del momento de la creación literaria, tan preciados y divinos como los fragmentos de la Verdadera Cruz.²⁷

Cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, Villeneuve-Trans se convirtió en un gran coleccionista de libros, Francia estaba abarrotada de bibliófilos. El número de librerías se disparó, como también lo hicieron los precios de los títulos raros.²⁸ Las casas de subastas atraían a multitudes con sus ventas de libros, y materiales como los catálogos editoriales, las reseñas y las bibliografías se convirtieron en productos de consumo. Si disponían de fondos, algunos coleccionistas se asociaban con editores e ilustradores para producir ediciones limitadas de su propia creación. Otros preferían los libros antiguos y organizaban cenas literarias en las que veneraban primeras ediciones y manuscritos medievales iluminados.

El escritor y coleccionista de libros Octave Uzanne declaró que Francia se había convertido en «la nueva Bibliópolis». Y en esa nueva Bibliópolis, los gustos de Villeneuve-Trans resultaron ser bastante particulares. Es posible que, igual que en la política, decidiera rebelarse contra la refinada historia de su noble linaje. O puede ser que heredar *Las 120 jornadas de Sodoma* despertara inclinaciones inusua-

36 les. Sea cual fuere el motivo, el marqués se sintió atraído por la vertiente más sombría de la bibliofilia: el mundo de los libros eróticos.

En aquel momento, mientras miles de prostitutas legales ejercían su profesión en las *maisons de tolérance* parisinas, unos establecimientos que contaban con autorización oficial, y otros miles recorrían las calles ilegalmente, Francia, una nación abierta de miras, estaba viviendo un auge del erotismo.²⁹ Los editores publicaban furtivamente obras como *Gamiani o dos noches de pasión*, *El Kamasutra de Vatsyayana* y *La leyenda de los sexos: poemas histéricos y profanos de Sire de Chambley*, muchas de las cuales iban acompañadas de ilustraciones.³⁰ Asimismo, reeditaron títulos clásicos de la pornografía como *L'escole des filles* y *Le Parnasse satyrique*, que en siglos anteriores habían provocado la quema simbólica de sus autores y, en casos infrecuentes, su condena a muerte.³¹ Los materiales acabaron en manos de coleccionistas de renombre como el escritor Charles Nodier, el dramaturgo Guilbert de Pixérécourt y el arquitecto Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc, responsable de la restauración de los muros de Carcasona y la catedral de Notre-Dame. Aunque algunos coleccionistas relegaban las obras ilícitas a rincones especiales de sus bibliotecas, escondidas detrás de cortinas o en armarios con triple cerradura, otros las convirtieron en protagonistas de sus colecciones.³² Cuando las autoridades francesas decidieron tomar cartas en el asunto—requisando y destruyendo libros de contrabando y arresando a editores y libreros por violar la buena moral y poner en riesgo el interés ciudadano—, los vendedores de literatura erótica se trasladaron a Bruselas o Ámsterdam y siguieron con su negocio.³³

Los coleccionistas de ese mundo eran como cazadores buscando especies raras y míticas en un safari. Las ediciones clandestinas de textos conocidos del marqués de Sade eran presas especialmente atractivas. Como señalaba un observador en la década de 1830: «Está en todas las librerías, en ciertas estanterías misteriosas y ocultas que se pueden descubrir sin problemas».³⁴ Dichas obras estaban impregnadas

de indicios de peligro. Algunos afirmaban que la conocida novela *Justine* de Sade había sido el siniestro guion de la Revolución francesa y que Maximilien Robespierre, artífice del Reino del Terror, recurría a los escritos de Sade «siempre que consideraba que su lujuria necesitaba verse fortalecida». ³⁵ Un detractor iba más allá y aseguraba que un joven había padecido convulsiones y envejecido veinte años después de leer un libro de Sade. ³⁶

De joven, Gustave Flaubert, que pronto se convertiría en uno de los novelistas más célebres de Francia, se obsesionó con la búsqueda de las obras del marqués. Figuras como Sade, le escribió a un colega, «me explican la historia, son su complemento, su apogeo, su moralidad [...] Son hombres grandes e inmortales». El distinguido poeta francés Charles Baudelaire opinaba algo parecido, y en su diario señalaba: «Para comprender el mal, uno siempre debe regresar a Sade, esto es, al *hombre natural*». ³⁷

Villeneuve-Trans también se enamoró de la obra de Sade. ³⁸ Trabajó estrechamente con Jules-Adolphe Chauvet, el ilustrador erótico más importante de Francia en aquella época, a quien encargó dibujos indecentes para muchos de sus preciados volúmenes. Apoyó económicamente a Gay et Doucé, una prolífica editorial clandestina, mientras deambulaba por toda Europa para evadir la ley. ³⁹ Y, después de contratar los servicios de un artesano de Marsella, fabricó una sugerente cápsula de madera con una tapa fállica a rosca para guardar *Las 120 jornadas de Sodoma*. ⁴⁰

Villeneuve-Trans llevaba la vida decadente de un soltero, y pagó caras sus tendencias libertinas. Tras la muerte de su padre en 1857, él y su hermana se repartieron lo que quedaba de la riqueza familiar. Menos de una década después, el atribulado marqués vendió su castillo por seiscientos mil francos, deshaciéndose así de una propiedad que había pertenecido a su familia desde 1201. En 1878, sus problemas económicos eran tales que subastó parte de su amada biblioteca. Tres años antes, había tomado la que probablemente consideraba una medida aún más drástica: vender *Las 120 jornadas de Sodoma*. ⁴¹

Ofreció el manuscrito a dos distribuidoras importantes de París, pero ninguna quiso comprarlo, ya que preferían quedárselo en depósito mientras encontraban comprador. A Villeneuve-Trans no le interesaba el trato, así que pidió ayuda a Chauvet, el ilustrador, que conocía bien el negocio de la literatura clandestina. Para encontrar a un posible comprador, ambos se centraron en el que se había convertido en uno de los mercados eróticos más grandes de Europa: la Inglaterra de la reina Victoria.⁴²

A diferencia de sus desenfadados homólogos franceses, los guardianes de las buenas costumbres victorianas consideraban el sexo algo extremadamente peligroso. Creían que los hombres que sucumbían a la tentación de sus apetitos sexuales corrían el riesgo de minar la vitalidad necesaria para mantener el glorioso Imperio británico. Se aconsejaba a las mujeres que se presentaran como símbolos de castidad, incluso dentro del matrimonio. Las sugerentes líneas del cuerpo femenino se enterraban en corsés, polisones, enaguas y miriñaques, y las piernas gruesas se envolvían con telas para ocultar sus curvas evocadoras. Incluso el inglés de la reina tuvo que purgarse de tentaciones peligrosas. Los pechos se convirtieron en «bustos» y los órganos sexuales en «innombrables». Las referencias a los escritos pornográficos se ocultaban tras eufemismos como libros «para adultos», textos «curiosos» o «jocosos» y «*kruptadia* literarias».⁴³

A pesar de esos esfuerzos, en el Londres del siglo XIX se había afianzado una pujante industria sexual. Entre las chimeneas humeantes, las calles cubiertas de heces y las viviendas abarrotadas de la ciudad más grande del mundo, clubes mixtos de mala reputación, excitantes *tableaux vivants*, calles no oficiales para prostitutas, burdeles para personas del mismo sexo, espectáculos privados de travestidos y salones de flagelación prestaban servicio a una clientela cosmopolita con tiempo libre y dinero para gastar. En medio de todo aquello, en la confluencia de las calles Fleet, Kingsway y Strand, e impregnada de los aromas del cercano Támesis, lleno de aguas residuales, se encontraba la calle Holywell,

una vía estrecha y torcida que también era el epicentro del negocio pornográfico del país. En aquella vía adoquinada, unos escaparates de vidrio emplomado atraían a los transeúntes con grabados explícitos y carteles lascivos. En el interior de aquellos establecimientos, las estanterías mal iluminadas alojaban costosas ediciones limitadas de títulos como *Adventures of a Bedstead*, *The Story of a Dildoe* y *Raped on a Railway*, por no mencionar las reediciones de *Fanny Hill*, un puntal británico del siglo XVIII. Entre directorios de prostitutas y guías sobre la vida nocturna homosexual, los libros de versos pornográficos ofrecían estrofas y canciones libidinosas.⁴⁴

El mercado erótico de Inglaterra era el lugar perfecto para que Villeneuve-Trans y su compañero Chauvet se deshicieran de un manuscrito inédito del marqués de Sade. Su primera elección fue el individuo responsable de llevar gran parte de esa pornografía a Inglaterra, un hombre llamado Frederick Hankey. Nacido en 1821 e hijo de un diplomático bien posicionado, Hankey se había instalado a una edad bastante temprana en un lujoso barrio de París, donde se pasaba el día buscando títulos selectos del erotismo. Para entregar ese material a sus contactos de la calle Holywell y otros lugares, pedía a sus amigos que transportaran sus hallazgos al otro lado del canal en bolsas de correo y valijas de la embajada, e incluso atados a la espalda y ocultos bajo la ropa de algún compañero servicial.⁴⁵

Pero Hankey no era un simple intermediario. Era un coleccionista y un libertino más que competente. Había acumulado una pequeña pero selecta colección de libros obscenos, que había adornado con diseños explícitos que evocaban el sexo, la muerte y la tortura.⁴⁶ Se jactaba de que, en una ocasión, había disfrutado de los servicios de una prostituta mientras asistía a una ejecución pública, probablemente para recrear unos hechos descritos en las memorias de Giacomo Casanova, del siglo XVIII. Deseaba encuadernar algunos títulos de su biblioteca en piel humana, a poder ser perteneciente a una joven viva. Tras conocerlo en 1862, Edmond y Jules de Goncourt, dos hermanos que

40 habían empezado a documentar la vida literaria del París del siglo XIX, concluyeron en su diario que se habían encontrado con «un loco, un monstruo, uno de esos hombres que se tambalean al borde del abismo».

Con su cuidado cabello rubio y sus ojos azules, se decía que Hankey guardaba un asombroso parecido con su autor favorito: el marqués de Sade. Chauvet, que estaba al tanto de su reputación, contactó con él en 1875 y, siguiendo las directrices de Villeneuve-Trans, le ofreció *Las 120 jornadas de Sodoma* por cinco mil francos, casi el triple de lo que ganaba un trabajador parisino típico en un año.⁴⁷

Después de examinar el manuscrito, Hankey puso reparos. Con su balbuceante dicción, le dijo a Chauvet que no le interesaba un rollo de doce metros lleno de lo que él consideraba garabatos ilegibles. Si Chauvet se molestaba en imprimir una copia legible de la novela, se lo replantearía.⁴⁸

Es posible que, tal como insistió Hankey, no tuviera ningún interés en un objeto tan feo e incómodo como el rollo. A menudo parecía preocuparle más la estética de su colección —encuadernaciones hermosas, aunque obscenas, e ilustraciones lascivas y exquisitas— que los textos en sí.⁴⁹ No obstante, es más probable que no tuviera el dinero. Por aquella época vendió varias selecciones valiosas de su biblioteca, seguramente para mantenerse a flote.⁵⁰

En años posteriores, Hankey siguió recorriendo las librerías de París, incluso cuando cojeaba tanto a causa de la gota que algunos murmuraban que padecía pie equino. Fallecería ahogado en su casa en 1882, poco después de oír a un visitante en el umbral de su puerta y gritar entre delirios que debía de ser un librero que iba a entregarle una edición rara de Sade.

Impávido ante el rechazo de Hankey, Chauvet siguió buscando comprador para el rollo y contactó con otro bibliófilo inglés, este con una reputación algo más sólida: Henry Spencer Ashbee. Poseedor de un marcado sentido de la decencia y una capacidad ilimitada para el trabajo duro, Ashbee había

reunido una distinguida colección literaria y hacía gala de todos los atributos de un pilar de la sociedad británica. Nacido a las afueras de Londres en 1834 e hijo del director de una fábrica de pólvora, había mejorado enormemente sus perspectivas al casarse con una mujer perteneciente a un próspero clan mercantil alemán y convertirse en socio de la sucursal familiar en la capital inglesa. Con un puro, un sombrero de copa y una barba redondeada que acentuaba su atractivo juvenil, a menudo llevaba a sus hijos a dar un paseo en carruaje entre los castaños del Bushy Park londinense o asistía a reuniones de organizaciones prestigiosas como la Royal Geographical Society de Londres y Les Amis des Livres de París. Pero, mientras abría las oficinas de la empresa en Francia, Ashbee había emprendido una búsqueda que eclipsaría sus otros intereses: la literatura erótica. En un piso recóndito situado no muy lejos de su mansión, había utilizado su riqueza para amasar la que muchos consideraban la colección privada de pornografía más grande del mundo.⁵¹

Chauvet, que conocía esta faceta oculta de Ashbee, le escribió el 22 de abril de 1875 insinuándole que pronto podría ofrecerle un «manuscrito inédito del marqués de Sade», unas palabras que subrayó para mayor énfasis. Una semana después le envió a Ashbee más detalles: «¡He visto el famoso manuscrito! ¡No me cabe la menor duda de que es auténtico e inédito! Es un rollo hecho con hojas pegadas y escrito a dos caras con unos caracteres de una delicadeza que pondrían a prueba al ojo más avezado y solo pueden descifrarse con una lupa».⁵²

No obstante, Ashbee rechazó la oferta. En aquel momento, sus intereses estaban en otra parte. La obsesión victoriana por coleccionarlo y clasificarlo todo lo había animado a embarcarse en un ambicioso proyecto: una bibliografía exhaustiva de la literatura erótica. La iniciativa exigía una labor detectivesca tan ardua como desalentadora, ya que la naturaleza clandestina del negocio implicaba que casi todos los detalles de esas obras fueran difíciles de verificar. Los libros eran publicados anónimamente en tiradas limitadas y

42 se distribuían discretamente. Para evitar a la policía, los editores omitían o falsificaban las direcciones y fechas de publicación, y a menudo mentían sobre las tiradas y el proceso de impresión para inflar los precios. Asimismo, la gran mayoría de esos materiales ilícitos eran disfrutados a escondidas y destruidos antes de que alguien pudiera tomar nota de sus pormenores.⁵³

Sin dejarse amedrentar, Ashbee invirtió dos años en esa empresa. En 1877 publicó los resultados en una edición privada: 544 páginas que formaban un compendio de libros, panfletos, antologías, ensayos, revistas, grabados, poemas, obras teatrales y manuscritos ilícitos con el nombre de *Index Librorum Prohibitorum*, un título prestado de la lista oficial de libros herejes confeccionada por la Iglesia católica.⁵⁴ A lo largo de la década posterior publicaría dos ampliaciones de su obra: *Centuria Librorum Absconditorum* («Cien libros que merecen permanecer ocultos») y *Catena Librorum Tacendorum* («Una serie de libros de los cuales no se debería hablar»). Para salvaguardar su reputación, publicó las tres obras bajo el seudónimo de «Pisanus Fraxi», un anagrama de las palabras latinas para «ceniza» (*fraxinus*) y «abeja» (*apis*) que denotaba un trasfondo escatológico poco sutil.

«Mi objetivo», señalaba en la introducción al primer volumen, «es reunir en un mismo rebaño a las ovejas descarriadas, encontrar un hogar para los parias de todas las naciones».⁵⁵ Su bibliografía sería un hito que evocaba el lado oscuro de la literatura occidental del siglo XIX, que de lo contrario se habría perdido con el paso del tiempo. Gracias a fuentes como Chauvet, a quien Ashbee contrató para que diseñara la portada de su primer libro, *Las 120 jornadas de Sodoma* fue incluido entre los parias. Aunque no había visto el manuscrito con sus propios ojos, Ashbee hablaba de «una obra inédita del marqués de Sade» y describía su aspecto inusual y sus convulsos orígenes. Sería la primera mención al rollo que se hacía por escrito, y casi cien años después de su creación.⁵⁶

Ashbee insistía en que su objetivo era examinar, que no deleitarse, en la maldad de su temática elegida. Según escri-

bió, tenía la esperanza de que sus actividades no excitaran más a sus lectores que «el cuerpo desnudo de una mujer sobre la mesa de autopsias». ⁵⁷ Pero, por las gráficas descripciones de obras como *Las 120 jornadas de Sodoma*, estaba claro que hablaba con la pasión de un verdadero entusiasta.

Sin embargo, Ashbee volvió a rechazar la compra del rollo cuando Chauvet lo mencionó nuevamente en 1877, meses después de la publicación de *Index Librorum Prohibitorum*. ⁵⁸ Aunque Villeneuve-Trans había subido el manuscrito a seis mil francos, el precio no debía de inquietar a un hombre rico como Ashbee. Es posible que al bibliófilo no le interesara demasiado el estilo de depravación del marqués. Pero había indicios de que Ashbee podía tener más en común con el autor del rollo de lo que nunca se atrevió a admitir.

A finales de la década de 1880, una editorial erótica holandesa empezó a imprimir, en ediciones extremadamente limitadas y elaboradas, unas memorias anónimas en inglés que llevaban por título *Mi vida secreta*. La obra acabaría ocupando once volúmenes con un total de 4.200 páginas. ⁵⁹ Los libros, que supuestamente eran muy apreciados por el ocultista Aleister Crowley y la estrella del cine mudo Harold Lloyd, detallaban la vida de un caballero victoriano llamado «Walter» y sus devaneos sexuales con prostitutas, cortesanas y centenares de mujeres de todo el mundo. Fuera ficticia o no, en sus tabulaciones sexuales e innumerables relatos de depravación, la historia inconscientemente se hacía eco de *Las 120 jornadas de Sodoma*. Aunque el autor del misterioso *Mi vida secreta* nunca pudo ser desenmascarado de forma concluyente, bien podría ser obra de Ashbee. Tanto él como Walter poseían fortunas considerables y viajaban mucho. Ambos utilizaban léxico, estructuras sintácticas y expresiones similares. Y ambos catalogaron la sexualidad con fanático entusiasmo.

Con independencia de si Ashbee y Walter eran la misma persona, los dos compartían otra semejanza: estaban tan cautivados por su obsesión erótica que acabaron frustrados y solos. En 1891, la mujer de Ashbee y dos de sus tres hijos

44 lo abandonaron.⁶⁰ Ashbee fue volviéndose cada vez más conservador en sus convicciones políticas, y es posible que su franqueza provocara enfrentamientos insalvables. O, tal vez, su familia descubrió la verdadera naturaleza de sus actividades furtivas. Fuera cual fuera el motivo, Ashbee no volvería a hablar con casi ningún miembro de su familia. Murió en 1900 y legó sus principales tesoros literarios al British Museum, pero con una condición: la institución también debía preservar sus textos eróticos, que a la sazón incluían casi toda la colección de Hankey, ya que Ashbee había adquirido muchos materiales tras el fallecimiento de su colega.⁶¹ El museo aceptó y acabó confinando los libros en su «Maleta privada», una selección de obras ilícitas que guardaba bajo llave y a las cuales solo podía accederse con un permiso especial. Si Ashbee o Hankey, los dos mayores coleccionistas de literatura erótica de su época, hubieran conseguido *Las 120 jornadas de Sodoma*, el rollo habría acabado encerrado en el corazón de uno de los museos más grandes del mundo.

Pero el manuscrito nunca llegó a Inglaterra. Aunque la célebre bibliografía de Ashbee difundió por toda Europa el rumor de un viejo manuscrito perdido de Sade, el rollo siguió sin venderse. Cuando Villeneuve-Trans falleció en la Provenza en 1893 sin dejar viuda ni herederos, la reliquia cayó en manos de su numerosa familia, o tal vez en las de un librero local.⁶² Y allí residió, a la espera de que la reclamara la persona adecuada.